

I.

Argos: El atardecer manchaba de oro las cuerdas de aquel artilugio parecido a una monstruosa arpa, retándola a un último suspiro, aunque quizá se trataba del ruego anaranjado de un sol viejo que demandaba explicaciones. Y el aire, al rozar desesperado con el instrumento musical, le arrancaba terribles sollozos, mientras el enorme suicida de metal y madera se precipitaba sin remedio al vacío. En ese instante, alguien soñaba por última vez y sin saberlo, en un campo de trigo dorado pincelado de amapolas, o en una cometa roja o en la sonrisa cálida de una madre. Otro alguien, en la brisa del mar desconocido, en una fuente emboscada, en besos de escarcha o en un campo de rosas rojas... Y yo, Argos, en el vértice mortal de la parábola del instrumento, deseaba poder creer en pararlo, evitar que la gravedad acabase con todo aquello. Pero mis brazos no estaban forjados en el material de sus sueños y el peso, demasiado real, los crujió como a las ramitas secas de un zarzal que ceden indefensas al paso del jabalí. Y cuando escuchaba su último quejido huesudo, acompañado del florecimiento descarnado de un bosque de astillas y a la vez que ansiaba gritar para no sentir, se apagó la luz para siempre. El destino me escamoteó el destello de una lágrima que de sus ojos, los de Aquella que había empujado el Arpa al abismo, aterrizaba en estos labios ensangrentados para evaporarse junto a un suspiro final, floreciendo así una nueva clase de Rosas Negras. Y en aquella ciudad vieja y desconchada por el salitre, cuya atmósfera gris petróleo difuminaba los colores hasta extinguirlos y la luz se había perdido para siempre en un recuerdo legendario, aquél que soñaba en rosas rojas despertó, nuevamente, en mitad de un mundo sin hombres ni mujeres, sólo coágulos harapenos que deambularían ahora sin fin, malditos por ser los habitantes del país de las Rosas Negras, embrujados por el aburrimiento, la ignorancia y el dolor. Ella, princesa de todas las huestes de vagabundos sin alma, peregrinos del purgatorio, ella, María, decidió destruir el Arpa para liberarlos. Y toda aquella civilización despertó en el oscuro pozo de la conciencia, en la cárcel de su realidad.

II. Hermes.

En las estepas de mi mundo florecen sólo rosas negras. Puede que alguna vez escuchara que la contaminación extinguió las flores de colores, cuando sólo los híbridos transgénicos supervivieron a los viejos tratados de botánica y entre ellos los inmensos

campos, infinitos tapices azabache, de rosas negras. Andar entre ellas resulta una ardua tarea, parecido al caminar sobre tierras movedizas. Dificultad primero por su textura: al injertar petróleo en la semilla adquieren propiedades casi plásticas. Y segundo, su robustez permite que nazcan en la arena, sin agua, pues metabolizan el polvo. Por este motivo los desiertos (casi todo el planeta) fueron repoblados con tal engendro de laboratorio, negras, porque no necesitaban luz para existir y podían así sobrevivir bajo el manto cromado que es el cielo. A cambio un único y monótono olor de fino crudo lo envuelve todo, el perfume pútrido y narcótico de ese caballo de Troya vegetal. Pero esa es otra historia.

Ando entre ellas días y días, pensando con nostalgia en el desierto dorado que visten de luto y cuyo color jamás conoceré. Huyo cuando sé que es imposible. Y recuerdo que el aroma de una rosa negra es el de la cobardía y el rencor.

En el camino me cruzo escuadrones de campesinos cuyo rumbo no es más claro que el mío. Tropas desconsoladas que viven por no morir. Gente que ha olvidado hablar porque tampoco lo necesitaba y que trabajan machacando el tallo de esas flores para recuperar su sangre de petróleo, desprendiendo una y otra vez ese perfume idiotizante, perpetuando así la rueda del infortunio abismal. A menudo maldigo el azar que me otorgó nacer sin olfato, que desveló ante mí una verdad tan terrible, la mirada de una Medusa para la que ningún hombre alberga córneas lo bastante acorazadas: descubrir que el país de las Rosas Negras era un mundo de gentes sin alma porque ésta se les había envenenado a través del perfume de aquellas flores, que insuflan bufidos de ignorancia, anestesiando el espíritu de quien las huele. Y así empezo mi búsqueda, ¿quién habría maquinado tal cosecha? ¿Dónde se engendraron simientes tan crueles? Cuando mis andrajosos zapatos, una amalgama putrefacta de cartones y plásticos se ahogaban (y yo con ellos) en aquel barro de arena y petróleo, lograba levantarme de nuevo pensando en encontrar a aquel o aquella cuya genialidad nos había condenado, ya que estaba seguro que todo no podía ser fruto de la casualidad, pues ni el azar se atrevió nunca a ser tan cruel. Y si lo hallaba no sería para reprocharle nada, solamente le preguntaría una cosa: ¿Por qué? Si su respuesta me convencía y estaba seguro de ello, pues debía existir un motivo al fin y al cabo, me volvería a casa, a ese hormiguero gris y afilado. Subiría uno a uno los 400 peldaños roídos por la desidia del tiempo, pasaría delante de portales viejos a minúsculos apartamentos hasta un total de 2000 que se apilaban en ese enjambre. Y en el mío, delante de la única ventana, seguiría machacando rosas negras sin quejarme pues ahora conocería el sentido.

Recuerdo la cara de mi padre aquel día cuando le pregunté por qué había muerto mamá. Juntos arrancábamos angustiados unas cuantas rosas, desconchando a jirones esa piel de silicona negra para así poder dejar en ella el cuerpo inerte de la mujer, bautizada finalmente en el barro. Antes la habíamos desnudado para reciclar sus harapos, algunos de ellos, me sirvieron para confeccionar los zapatos que me arrastran. Y el hombre, desconocido para mí y que no lloró porque tampoco sabía, había reaccionado de manera extraña a la pregunta. Hacía meses que no se escuchaba ningún sonido gutural en el entorno y otros campesinos de alrededor se habían también extrañado al oírme, llegando incluso a suspender momentáneamente su actividad. Resultaba que hablar era una suerte de acontecimiento arcaico pues ya casi nadie lo hacía. Y mi padre, que para entonces era sólo un tipo rudo con el que nos unían lazos antiguos y olvidados, se limitó a arrancar una de las rosas negras y acercármela. Su mirada casi irracional despejaba ciertos ecos de compasión, quizás y sin saberlo se apiadaba de mí... Y con un gesto evidente me invitó a aspirar el néctar de muerte de aquella flor, él así lo hizo y la catalepsia lo tumbó en el barro. Los otros campesinos volvieron a su trabajo, parecía que aliviados y yo, mientras me esforzaba una y otra vez en aspirar, no lograba contener aquél escozor en los ojos que nacía en algún lugar recóndito y frío, pero del que brotaban regueros salados de dolor que acabaron por despertar el llanto. Y cuando caía inconsciente por el impacto fiero y salvaje de alguno de aquellos hombres o seres, quizás fuese su golpe de gracia pensando que mitigaba así mi ansiedad, entendí que el destino había jugado conmigo de forma caprichosa y cruel, proveyéndome de un don que no había requerido, precisamente al embotar mi olfato devenía el más vulnerable a los propios arbitrios del azar. Al siguiente amanecer, gris como cualquier otro, empecé a andar.